

La Universidad Central: memoria viva de un segundo hogar

Ruth Domínguez* |

* Coordinadora del Language Center de la Universidad Central. Magíster y licenciada en lenguas modernas de la Pontificia Universidad Javeriana, con formación en *e-learning* y en el uso de tecnologías aplicadas al ámbito educativo.
Correo: rdominguezc@ucentral.edu.co

La memoria institucional no se construye únicamente a partir de grandes hitos o decisiones trascendentales; también se teje en los encuentros cotidianos, en las conversaciones de pasillo, en los procesos compartidos y en las huellas que cada persona deja a su paso. En ese entramado de experiencias, la Universidad Central ha consolidado una historia colectiva que trasciende generaciones. Esta es, en parte, la historia de cómo ese tejido se ha entrelazado con mi propia vida durante casi tres décadas.

La Universidad Central ha sido mi segundo hogar. Llegué a esta institución tras graduarme, sin imaginar que ese primer vínculo se convertiría en una relación profunda y duradera. Desde entonces, ha sido el lugar que más he habitado: un espacio de aprendizaje constante, de construcción colectiva y de crecimiento personal y profesional.

A lo largo de estos 29 años, he tenido la oportunidad de interactuar con estudiantes, profesores, directivas y equipos administrativos, quienes han contribuido de manera significativa a mi formación. No se trata solo de los conocimientos adquiridos, sino también de las enseñanzas vitales que surgen en la cotidianidad: la escucha, la paciencia, el compromiso y la capacidad de reinventarse frente a los desafíos.

Uno de los momentos más significativos de mi trayectoria fue la creación del Departamento de Lenguas, concebido como una unidad académica dedicada a la enseñanza de idiomas. Lo que inició como una idea, impulsada por la necesidad de fortalecer las competencias comunicativas en lenguas extranjeras, se transformó con el tiempo en un proyecto sólido. Recuerdo en especial los primeros días: espacios reducidos, recursos limitados y un equipo pequeño, pero profundamente comprometido.

En una de esas primeras jornadas, una estudiante se acercó al finalizar la clase y, con evidente emoción, me comentó que era la primera vez que lograba sostener una conversación básica en inglés. Ese momento, aparentemente sencillo, confirmó el impacto real de nuestro trabajo. Comprendí entonces que enseñar inglés no consistía solo en desarrollar habilidades lingüísticas, sino en abrir puertas, ampliar horizontes y fortalecer la confianza de los estudiantes.

Con el paso de los años, el proyecto creció y se consolidó gracias a un equipo que no solo comparte objetivos académicos, sino también valores humanos. Muchos de sus integrantes han permanecido durante largos periodos, y juntos hemos construido algo que trasciende lo laboral: una comunidad basada en el respeto, la colaboración y el compromiso. Ese equipo se ha convertido, sin duda, en una familia.

Otra experiencia que marcó profundamente mi recorrido tuvo lugar en un momento de transformación institucional, cuando fue necesario replantear procesos académicos para responder a nuevas demandas educativas en el contexto de la pandemia. Fueron tiempos de incertidumbre, pero también de creatividad. Recuerdo largas jornadas de trabajo conjunto en las que mis docentes y yo proponíamos y ajustábamos los sílabos en el marco de una reforma curricular.

A pesar de las dificultades, la Universidad Central logró afrontar ese periodo gracias a la resiliencia y al compromiso de toda su comunidad.

Las experiencias con los estudiantes han sido, quizás, las más transformadoras. Gracias a ellos, cada semestre trae consigo nuevas expectativas, inquietudes y formas de entender el mundo. La Universidad no es un espacio estático, sino un organismo vivo que se renueva constantemente a partir de los aportes de su comunidad. Los estudiantes no son solo receptores de conocimiento; son también protagonistas activos de la experiencia universitaria.

En este recorrido, también han sido fundamentales las enseñanzas provenientes de las directivas académicas. Su visión estratégica y su capacidad para proyectar la institución hacia el futuro han orientado muchos de los procesos en los que he participado. Recuerdo

especialmente una reflexión del doctor Guillermo Páramo, quien en alguna ocasión afirmó que “somos lo que hacemos”. Esta idea ha resonado profundamente en mi ejercicio profesional, recordándome que cada acción, por pequeña que parezca, contribuye a definir quiénes somos como institución.

Esa conciencia ha fortalecido mi sentido de pertenencia y mi compromiso con la Universidad Central. Más allá de cumplir funciones, este compromiso consiste en asumir un rol activo en la construcción de un proyecto educativo que impacta vidas y transforma realidades.

Sin embargo, esta historia no se limita a experiencias individuales. La Universidad Central es el resultado del esfuerzo colectivo de quienes han hecho parte de ella en sus distintas etapas: docentes comprometidos con la formación, estudiantes que dejan su huella, directivas que orientan el rumbo institucional y equipos administrativos que sostienen su funcionamiento cotidiano.

Cada uno ha aportado, desde su lugar, a la construcción de una memoria institucional diversa y dinámica. Una memoria compuesta por múltiples voces, perspectivas y vivencias que, en conjunto, dan sentido a la identidad de la Universidad.

Reflexionar sobre esta trayectoria no es un ejercicio nostálgico, sino una oportunidad para reconocer el legado construido y proyectarlo hacia el futuro. Los desafíos actuales de la educación superior exigen instituciones capaces de adaptarse, innovar y responder a contextos cambiantes, sin perder de vista su esencia.

La experiencia acumulada a lo largo de estos años demuestra que la fortaleza de la Universidad Central radica en su comunidad: en la capacidad de trabajar de manera colaborativa, en el compromiso con la formación integral y en la disposición para asumir los retos con responsabilidad y creatividad.

Hoy, al mirar atrás, reconozco que este camino ha estado marcado por aprendizajes constantes, momentos de dificultad y logros compartidos. Pero, sobre todo, ha estado definido por las personas: aquellas con quienes he coincidido y que han dejado una huella imborrable en mi vida. Por ello, el enfoque que la doctora Paula López

ha destacado desde su rectoría, “la Universidad centrada en las personas”, exalta el valor de cada uno de los integrantes de la Universidad Central.

Nuestra Universidad ha sido y seguirá siendo un espacio de encuentro, construcción colectiva y transformación: un lugar donde las historias individuales se entrelazan para dar forma a una memoria viva, en permanente evolución. ○

